

EDITORIAL

Religiosidad popular

Siempre ha habido una religiosidad popular en las diversas agrupaciones humanas y pueblos y se puede decir que siempre la habrá, aunque varíen sus manifestaciones y se privaticen en mayor o menor grado.

No siempre se ha escrito sobre la religiosidad popular en el ámbito católico. Y cuando se ha hecho, se han empleado tonos muy variados, desde la curiosidad antropológica hasta la condena inquisitorial, pasando por el desprecio suficiente del purista, la comprensión paternalista del amante del folklore o la simpatía del "hippy".

Ahora se está escribiendo mucho más sobre la religiosidad popular y nos preguntamos por qué este especial interés. ¿Quién escribe sobre este tema y con qué motivación? Porque, cuando se pone de moda un tema en nuestra sociedad, se puede sospechar la existencia de unos fuertes intereses detrás de él, bien sea para sensibilizar a la masa sobre el mismo, bien sea para lanzar una cortina de humo que oculte algo que se desea escamotear a la atención pública.

Lo primero que nos llama la atención es que el tema ha sido suscitado ahora, más por intereses políticos o pastorales, que por intereses científicos —del sicólogo, el sociólogo, el historiador, etc.— Al decir intereses políticos nos referimos a la política profana y eclesial, bien emane de la jerarquía, bien sea producto de grupos especialmente activos del clero y del pueblo cristiano.

También a partir de una preocupación pastoral parece claro que la Iglesia oficial ha hecho referencia en los últimos tiempos a la religiosidad popular con más frecuencia que antes. El tono de estas referencias es positivo; es decir, echa mano de esa religiosidad del pueblo como algo básicamente sano, que permanece a pesar de todos los cambios y de las posibles desviaciones de los intelectuales, los pastoralistas e incluso de la jerarquía. Es una religiosidad que vale la pena conservar, fomentar y enriquecer.

EDITORIAL

Todas estas referencias oficiales a la religión del pueblo suenan bastante a un deseo de recuperación de esa "mayoría silenciosa" eclesial, de la que la Iglesia oficial se ha alejado tanto, llevada por sus cabildeos políticos, sus preocupaciones económicas, su formalismo juricista y burocrático y sus elucubraciones intelectualistas.

Por otro lado, ciertos grupos activistas del clero y el laicado que invocan la religiosidad popular, lo hacen en el contexto de una teología de la liberación. Quieren fomentar en el pueblo una religiosidad activa, directamente relacionada con la praxis y fuertemente comprometida con la lucha por la liberación del pueblo a todos los niveles. Es un intento de usar —con toda la ambigüedad del término— el resorte religioso en esa lucha integral del pueblo por la mayoría de edad y la superación de todas sus alienaciones.

Ante estos forcejeos más o menos políticos o ideológicos el especialista en ciencias humanas se siente interesado por la realidad social y humana que hay detrás del concepto de religiosidad popular. Y el primer problema que encuentra es el de definir el concepto y darle un contenido, o, lo que es lo mismo, circunscribir el fenómeno, asegurarse de que tiene una unidad y que no se trata de una categoría residual o un cajón de sastre para hechos heterogéneos o un subaspecto de algo más complejo.

Ese problema de definición es doble, ya que ni está claro para todos los sociólogos o psicólogos lo que es la religiosidad, ni el concepto de "popular" o "pueblo" está libre de ambigüedades. ¿Es religión todo aquello que se refiere al mundo metaempírico o quizás sería mejor decir que la religión es lo que da sentido a todo ese mundo de los valores y los significados de la vida humana? Por otro lado, ¿quiénes constituyen el pueblo? ¿Los habitantes de un país, la masa sencilla e inculta, las clases oprimidas?

A estas dificultades de circunscribir el campo de la investigación, el estudioso tiene que añadir otras de tipo metodológico, como es la neutralidad valorativa propia de las ciencias positivas y el punto de partida. La neutralidad valorativa evitará que haga afirmaciones a la ligera sobre la religiosidad popular como sería el adjetivarla de "más cercana a la naturaleza", "menos evolucionada", "más auténtica" o "más cercana a la magia". Esto serían preconcepciones que hay que justificar científicamente. Al fin y al cabo, el investigador es un intelectual que, sin querer, puede colorear el análisis desde sus esquemas mentales.

Respecto al punto de partida, el problema es si apoyarse en lo que se ha escrito sobre el tema —fiarse de otros intelectuales—, o interrogar a los que viven ciertas formas de religiosidad popular— con la esperanza de que se sabrán expresar y el especialista los comprenderá—, o tratar de vivir y experimentar desde dentro esa religiosidad popular —creyendo en la capacidad de vivencia y observación del estudioso—.

Esto supuesto, hay que dejar ya la palabra a los especialistas, no sin antes adelantar una última observación. La religiosidad popular, cualquiera que sea el concepto

que se tenga de ella, es parte de la cultura de un pueblo, de una nación, y está íntimamente ligada a su cosmovisión y a su escala de valores. Si la cultura del pueblo nace de él o, al menos, logra conectar su universo simbólico, será auténticamente popular. Si la cultura popular está simplemente heterodirigida, controlada, utilizada, esa cultura será alienada y alienante. Lo mismo pasa con la religiosidad popular. Si nace del pueblo, o si sus formas de expresión, de formulación, de simbolización llegan a conectar profundamente con el pueblo, será una religiosidad auténticamente popular. Si le impone un mundo de signos, de símbolos y de formulaciones ajeno a él, será una forma más de alienación.

El problema es que el Evangelio siempre es algo Nuevo para cualquier pueblo, algo que en cierto modo viene de Fuera. Ante esa irrupción de lo Diferente, el pueblo no tiene por qué perder su identidad, pero es preciso para ello que haga su propia asimilación, su propia "digestión" y pueda así "apropiarse" verdaderamente lo nuevo. Vistas así las cosas, autenticidad popular y autenticidad cristiana y religiosa, fidelidad al evangelio y fidelidad a lo popular, no solo no se excluyen, sino que mutuamente se necesitan y apoyan. Dice a este propósito un documento de trabajo, elaborado a fines de 1975 para la reflexión de las diócesis andaluzas: "La evangelización debe buscar aquel equilibrio y esta fidelidad. La renovación evangélica y las reformas litúrgicas, catequéticas pastorales etc., deben abstenerse de imponer al pueblo formas prefabricadas por círculos minoritarios según sus esquemas teóricos. Han de esforzarse por responder a las exigencias religiosas populares, conectadas a la vez con la realidad del Misterio que se les comunica y con su vida real. Es así como el pueblo tendrá libertad religiosa para hacer brotar nuevas formas de expresión auténticamente evangélicas y eclesiales, tanto como populares" (El catolicismo popular en el Sur de España, PPC, Madrid 1975).

La Iglesia "oficial", los expertos y los líderes religiosos pueden ayudar en esa tarea, pero no pueden sustituir al pueblo en ella. Con demasiada frecuencia ha habido una dicotomía entre su estamento dirigente y el pueblo. Aquellos han querido actuar en su nombre, pero desde lejos y desde fuera del mismo pueblo. Esto ha dado lugar a una religiosidad que en muchas ocasiones no expresaba el sentir popular y que, como un cuerpo extraño, le servía más de obstáculo que de vehículo para asimilar, vivir y expresar una auténtica religiosidad. La única esperanza de tener una religiosidad popular viva —e incluso, de tener una religiosidad, a secas— es que los dirigentes eclesiales, los teólogos, los líderes se encarnen cada vez más en el pueblo y le ayuden —no le sustituyan— para que él formule, exprese y viva su propia religiosidad en cada momento de su historia.